

15. EL COLGADO: INTRIGA

... no es la sangría lo que disminuye el poder. Es el consentimiento.,

Mary Renault

En el Triunfo duodécimo, un hombre joven está colgado boca abajo, atado por un pie a un patíbulo que se sostiene sobre dos árboles truncados, cada uno de los cuales presenta las huellas de seis ramas podadas (fig. 53). Los dos árboles crecen al borde de un abismo en la tierra, un barranco de gran profundidad posiblemente. Así pues, la cabeza del joven está más baja que el nivel de la superficie de la tierra, como enterrada, al igual que las raíces de los dos árboles. La prominencia formada por la cabeza del joven, así como su cabello que cuelga, nos sugieren una tercera bola enterrada, quizá un nabo con las raíces pilosas características de esta hortaliza.

El Colgado, con las manos ligadas a su espalda, se siente tan indefenso como el nabo. Se halla totalmente en las manos del Destino. No tiene poder ninguno para dar forma a su vida o controlar su destino. Como una hortaliza, no puede más que esperar que una fuerza externa a él le arranque de la atracción regresiva de la Madre Tierra.

Después de haber experimentado el exuberante influjo de energías que se indica en la carta anterior, el héroe seguramente se habrá asombrado de este repentino giro. Con el pie que le queda libre, seguramente habrá luchado todo lo posible por liberarse dando inútiles patadas contra su destino. Se habrá sentido profundamente engañado, impaciente, con ganas de ponerse en pie y ser capaz una vez más de tener la cabeza sobre sus hombros así como de pisar firmemente el suelo como pretende. Ha de haber sufrido mucho antes de conseguir el grado de aceptación y de descanso casi agradable que muestra la imagen.

Podemos imaginar fácilmente con qué fuerza y furor luchó este joven. Nosotros también creemos que este trance es inaceptable y humillante. Se nos hace difícil ver su cabeza, sede del pensamiento racional, así rebajada, y nos gustaría liberar sus piernas ligadas de modo que fuera capaz de emprender nuevas empresas. Para el hombre occidental resulta muy difícil tolerar la inactividad forzada. Tenemos tendencia a pensar que la acción significativa está situada en la línea horizontal, en el plano de comportamiento extravertido, así como a representar todo anhelo espiritual dirigido hacia el cielo, ignorando totalmente el crecimiento que eso puede producir por debajo de nuestro nivel de consciencia. Hemos perdido las dimensiones de profundidad, citando a Paul Tillich.

Todos tendemos, casi instintivamente, a dar la vuelta a la carta del Colgado para enderezarla. Si le damos la carta a alguien que desconozca el Tarot, invariablemente la volverá de modo que la cabeza de la figura esté «donde debe estar». Después de hacerlo, emitirá un sonido de alivio y seguramente sonreirá. Si no sabes por qué sonríe, prueba a dar la vuelta a la ilustración del libro de modo que el colgado aparezca de pie. Ahora vemos cómo, sobre un pie y con los brazos atados a la espalda, baila una jiga. Visto desde la perspectiva del inconsciente, el que nos parecía como estancado, inmovilizado y cautivo, es ahora libre; el que parecía haber perdido su equilibrio, ha conseguido ahora una perfecta estabilidad. Lo que nuestra consciencia experimentó a primera vista como un tiempo de quietud y frustración, se nos revela ahora como un momento de acción liberadora. Incluso la expresión de la cara del Colgado parece haber cambiado. Ahora su mirada se encuentra con la nuestra serena y confidencialmente; con cierta autoridad parece sonreímos como si supiera un secreto.

Para conseguir descubrir su secreto hemos de volver a mirarle como se nos presentó la primera vez: balanceándose sin ayuda ninguna en el espacio. Ser colgado boca abajo es tradicionalmente el castigo para los traidores. En algunas barajas antiguas italianas esta carta se llama Il Traditore (el traidor). Algunas veces este Traidor del Tarot se representa

con una bolsa llena de monedas en cada mano, sugiriéndonos la figura de Judas con sus treinta denarios de plata. Durante la Edad Media, a los cobardes y a los caballeros desleales se les colgaba por los tobillos para apalearlos; lo cual era un castigo humillante. Hace muy poco tiempo los cuerpos de Mussolini y de su amante fueron colgados por los pies para exhibirlos públicamente. En todos estos casos el colgar, en sí mismo, no es el instrumento físico de la muerte, es más bien un signo de-ignominia, de censura y de ridículo público, un vuelco, un giro total de todo lo que significaba algo para aquel personaje.

A la costumbre de colgar a alguien por los pies se le llamaba antiguamente «desconcertar». Hoy en día «desconcertar» significa además «frustrar, confundir, desbaratar». Ciertamente el joven aquí representado se siente confuso en el más amplio sentido de la palabra. Está soportando cierto tipo de crucifixión. Nos recuerda a Pedro, quien pidió ser crucificado cabeza abajo en señal de humildad. No hay ninguna evidencia de que el héroe de nuestro Tarot haya solicitado ser puesto en la picota pero, hablando en términos psicológicos, seguramente lo hizo de forma inconsciente. Quizá el contacto con el orgulloso león de la carta anterior le llevó a enorgullecerse, con una confianza ilimitada en sus propias fuerzas humanas. Como sabemos ya, a los dioses no les gusta el escándalo. Cualquier pretensión de que la naturaleza humana sea más fuerte * que la Madre Naturaleza o de que el intelecto del hombre sea la regla de funcionamiento para toda vida, molesta a la Gran Madre* y finalmente también al reo humano. En venganza, la diosa puede agarrar a su hijo imprudente por los tobillos, sumergiendo su orgulloso cerebro otra vez dentro del vientre de su húmeda tierra.

El árbol, especialmente si es un árbol truncado, es el símbolo universal de la madre. El cuerpo de Osiris, por ejemplo, fue encerrado en un árbol truncado; sus ramas podadas simbolizan la castración del hijo (la consciencia masculina del ego) y la posibilidad de nuevo crecimiento o de renacimiento a una esfera de conocimiento más amplia. El Colgado, enmarcado a ambos lados por estos árboles gemelos así como por la horca de arriba, puede significar que está encerrado en una especie de ataúd. Al mismo tiempo el contacto con las aguas subterráneas maternas nos sugiere bautismo y nueva vida. Quizá la naturaleza le mantiene confinado para que pueda finalmente resurgir de su vientre como un recién nacido. Podemos pensar que, al igual que los recién nacidos, se le sujeta por los tobillos para darle las palmadas que le conducirán a una nueva vida.

Vemos a nuestro héroe aquí suspendido entre los dos polos gemelos de la existencia: nacimiento y muerte. Todos hemos sentido la soledad y el desamparo de sentirnos colgados sobre el abismo eterno. Este terrible aislamiento, o prueba de paciencia, juega un papel muy importante en todos los ritos iniciáticos. Algunas veces, por ejemplo, se obliga al iniciado a pasar la noche solo dentro de una cueva oscura del bosque. En ella, se ve obligado a enfrentarse y soportar una posible muerte física sin más ayuda que su propia fortaleza interior y su habilidad. Al hacer frente a este momento, el joven se ve obligado a encontrar un nuevo centro, que hasta ahora tenía oculto dentro de sí mismo. Si sobrevive a esta experiencia, emerge de la cueva como un recién nacido, en prueba de lo cual, dándole un nuevo nombre, se le acepta como adulto en la comunidad. Según la teoría de Mircea Eliade, a través de esta experiencia el iniciado hace la transición desde el mundo ordinario de la temporalidad al mundo intemporal y sagrado de los dioses. En su libro Umbral de la iniciación, Joseph Henderson discute este momento y comenta a Eliade de la siguiente manera:

«Entre los dos (mundos) hay un corte, una ruptura en la continuidad. .. (para) pasar del mundo profano al mundo sagrado, lo que de alguna manera implica la experiencia de la

muerte; aquel que hace el tránsito muere a una vida para conseguir el acceso a la otra... la vida donde se hace posible la participación en lo sagrado.»¹

Dado que en nuestra cultura no tenemos un ritual específico para la iniciación, es difícil para los jóvenes efectuar esta transición. Algunas veces buscan tareas sobrehumanas para probarse a sí mismos. Así, en las generaciones pasadas, el vuelo solitario de Lindberg sobre el Atlántico y la conquista de Hillary del Everest son dos ejemplos de esta iniciación autoimpuesta. Ya en los tiempos recientes, los viajes al espacio exterior han servido a esta función. Algunos, al aceptar los rigores de la vida del ejército, amenazados por la muerte física, y al afrontar sus propios instintos asesinos en la guerra, padecen esa iniciación. Para otros, esto mismo puede suceder al sufrir el encarcelamiento por rechazar llevar armas, así como ser la burla de sus contemporáneos, lo cual les proveerá de nuevas reservas de fuerzas.

Como nos muestra repetidamente la historia, toda persona cuya conciencia individual se halle en oposición al punto de vista de la colectividad, aparece como traidor al «establishment». Este individuo debe sufrir varios juicios, el último de los cuales puede realmente tener lugar en el Juzgado. Opuesto a sus familiares, amigos y a su gobierno, este inconformista puede ser tachado de delincuente. Su vida como ciudadano puede ser anulada para convertirse así en alguien que está colgado. Saúl Bellow explora ese tema en su novela titulada concretamente *The Dangling Man* (El colgado).

Una iniciación de este tipo puede producirse en varios momentos de nuestra vida, generalmente cuando se alcanza una cierta fase de nuestra existencia y la vida exige una transición a nuevos caminos. Es un momento horrible, pues hemos de abandonar las costumbres probadas y experimentadas para confiarnos a modos de vida desconocidos y nunca vistos. Esto exige sacrificio y coraje. Todos hemos pasado períodos en nuestra vida, quizá no tan graves y dramáticos como los mencionados arriba, en los que nos hemos sentido «colgados» por las circunstancias; tiempos en los que los antiguos modelos de comportamiento no nos servían, como si la vida nos quitara la alfombra de debajo de los pies, haciendo que nos sintamos tambaleantes entre dos mundos y con la única posibilidad de esperar y rezar. En estas ocasiones nos sentimos traicionados por la vida, humillados y desposeídos de todo orgullo así como de nuestra persona (el disfraz o máscara que nos ponemos en público para proteger del mundo nuestra parte secreta).

Cada vez que, como el Rey Lear, pretendemos mantener la cabeza por encima de la vulgaridad, evitando el «olor de mortalidad» con todos los conflictos y sufrimientos inherentes a la vida ordinaria, el Destino nos prueba dándonos en las narices con todo lo que habíamos despreciado. Cada vez que coronamos rey af nuestra función superior, nos sentimos forzados a descender al nivel de los gusanos. Como Lear, nos tenemos que sumergir en el fango de nuestra humilde realidad.

En la carta de la Fuerza, el héroe se enfrentó con los aspectos de su naturaleza psicosomática simbolizados por el león, un mamífero colocado muy arriba en la escala de la evolución. Ahora, debe de hacer frente a los aspectos más bajos de su psique, simbolizados por gusanos, insectos y plantas. Con los oídos cerca del suelo, oye crecer la tierna hierba y siente la suave ondulación del gusano y el imperceptible canto de los insectos, su parentesco con toda vida. Él, que se ha acercado al precipicio como lo hiciera el Loco, con la cabeza perdida entre las nubes de sueños de su fuerza y su proeza, se ha convertido en un fracasado. El foco de su conocimiento se ha desviado hacia las raíces de la vida, las formas fundamentales de las que surge todo crecimiento. Según Eliade:

«Los taoístas, imitando a animales y vegetales, se cuelgan boca abajo para conseguir que la esencia de su esperma les fluya hacia el cerebro. El tan-tien, los famosos campos de

cina-f- brio, deben de encontrarse en los más recónditos secretos del cerebro y de las entrañas; allí es donde el embrión de la inmortalidad se prepara alquímicamente.»²

Si el héroe sobrevive a la iniciación que la vida le presenta en esta carta, puede declarar con William Blake:

«Le he dicho al gusano: Tú eres mi madre y mi hermana».³

Es interesante contrastar la situación del Colgado con la del Enamorado, que también representaba un juicio. El Enamorado estaba representado en pie, encajonado e inmovilizado por dos mujeres sólidamente plantadas, como dos árboles, a cada uno de sus lados. La resolución de su problema, así como la fuerza para la acción, procedía del alado Eros que estaba situado por encima de él, en el cielo. Por el contrario, el Colgado, inmóvil entre esos dos poderosos símbolos maternos, sólo puede encontrar su inspiración en las profundidades.

La situación física se supone de diversas maneras según las diferentes culturas: en el Antiguo Testamento se habla de los riñones como el centro de la consciencia; para los africanos, ese centro de conocimiento está situado en el corazón o el abdomen; los hombres modernos sitúan la consciencia en la cabeza. Tanto para los africanos como para los hebreos del Antiguo Testamento, la consciencia residía en las profundidades del cuerpo, se hablaba de las inspiraciones supraconscientes como procedentes de lo alto. Para el hombre moderno, sin embargo, que vive demasiado en la cabeza, «el Otro» se encuentra más frecuentemente en la profundidad de abajo. Nosotros, como el Colgado, hemos sido desconectados de nuestras raíces. Tenemos la necesidad de descender para conectar de nuevo con nuestros orígenes en la historia y en la naturaleza. El motivo del sacrificio y el desmembramiento, oculto tras los muñones rojos de los podados árboles, se repite en las piernas rojas y en la parte alta de los brazos, también roja, de la figura pendiente, lo cual nos sugiere que él también debe dar su sangre, debe sacrificar sus antiguos modos de actuar y de comprender. , Muchos de sus antiguos dioses han caído del árbol, entre ellos, sin duda, la imagen de la vida como madre benéfica, siempre buena cuya función él imaginaba que era protegerle de la desgracia así como proveerle en todos sus deseos. Como señaló Jung, la palabra «sacrificio» significa «hacer sagrado». Sacrificar nuestras imágenes egocéntricas es hacer nuestra vida sana y santa; entonces no queda ya diferencia entre nuestra imagen de cómo han de ser las cosas y de cómo son las realidades de nuestra existencia humana. Sólo nosotros, los seres humanos, estamos dispuestos y capacitados para este tipo de sacrificio y de sufrimiento espiritual. El peso (y el poder) inherente al legado de la crucifixión nos coloca a parte del resto del reino animal. Al igual que aquellos animales cautivos de la Rueda de la Fortuna, el Colgado es una víctima del Destino que está a merced de los dioses. Está tan desamparado como los animales, pero con una diferencia: tiene la oportunidad de aceptar su destino de manera consciente e indagar su significado, mientras que los animales, como mucho, pueden soportar su suerte.

Cada vez que nos encontramos en la posición del Colgado nos es útil, no sólo explorar las actitudes conscientes con las cuales la vida está tratando de descolocarnos y preocuparnos, sino también gustar el sabor de esa nueva experiencia. Una buena manera de ampliar el sentimiento de lo que la vida le ofrece al Colgado, consiste en cerrar los ojos y tratar de penetrar en su cuerpo. Si conocemos el Yoga, podríamos probar una sesión con él, llegado este punto. Sentiríamos entonces cómo la sangre fluye a nuestra cabeza llevando oxígeno al cerebro y reavivando nuestro espíritu. Nuestras cansadas retinas se sentirían reavivadas, aportando a nuestra vista una visión del mundo de colores más frescos. Si, como el Colgado, nos encontráramos suspendidos en esta posición, solos y sin

comida ni compañía, las «puertas de nuestra percepción» quedarían tan aclaradas que quizá podríamos experimentar visiones celestiales y la iluminación del satori.

La experiencia de esta suspensión forzada le ha quitado al héroe toda su independencia; pero puede ofrecerle algo nuevo y precioso si, como Parsifal, es capaz de encontrar la pregunta adecuada. La experiencia nos muestra que el «¿por qué me hace esto el destino?» es un callejón sin salida. Si, por el contrario, nos preguntamos «¿quién soy yo para que esto me suceda?», podemos desbloquear los tesoros ocultos que nos pongan en contacto con el significado de esta vida de manera nueva. El estar colgado sobre el limbo es una posición llena de ambigüedades: por un lado cuelga uno a precario sobre el abismo pero, visto desde otra perspectiva, se le ha impedido caer al fondo del barranco. Está uno externamente inmovilizado, pero en el fondo de sí mismo siente un baile de liberación.

Como vimos antes, muchos adultos, especialmente los de Occidente, se sienten asustados por la sola contemplación de esta postura colgante. Parece ser que a todos los niños, aun de culturas y climas diferentes, les gusta dar vueltas en el tiovivo y sentirse colgados de los tobillos, perdiendo incluso los céntimos o tesoros que pudieran caer de sus bolsillos al suelo. En algunas versiones del Colgado del Tarot, algunas monedas, símbolo de los valores mundanos, se dibujan cayendo de los bolsillos del joven. Todos conocemos por experiencia cómo, enfrentados con la realidad última, todo lo que tenemos, las posesiones de la vida, nos parecen sin sentido y estamos dispuestos a abandonarlas. No es de extrañar que en el fondo de sí mismo, el Colgado sonría y baile, lleno de una nueva alegría.

Este desenlace feliz vendrá, si así debe ser. Aún se halla oculto en el futuro y no será visible hasta que llegue el bailarín del arcano veintiuno. Al dar la vuelta, enderezando al Colgado, hemos tenido el privilegio de echar un vistazo mágico a un aspecto de la eternidad, donde todo el tiempo es uno. El joven, sin embargo, no es consciente del bailarín que yace enterrado en su profundidad. Por ahora permanece inmóvil, colgado del árbol del destino y sin ayuda posible.

La leyenda nos cuenta que Osiris también permaneció colgado de un árbol como la carne en el matadero y que durante tres días esperó madurar para ser despedazado. Parece ser que este joven debe colgar del árbol del sacrificio hasta que madure y hasta que el viejo Adán empiece a pudrirse y caiga. En el mismo centro de esta experiencia (llámese iniciación o crucifixión) está la terrible necesidad de sentirse traicionado y de afrontar la espantosa soledad de estar totalmente olvidado. Refiriéndose a este estado psicológico, Jung escribe: «El paciente debe de estar solo si ha de encontrar qué es lo que le soporta cuando él no se soporta ya. Sólo esta experiencia puede proveerle de unos fundamentos indestructibles».4

Lo que soporta al Colgado es la sólida madera del árbol de la Naturaleza, que le pone en contacto con la robustez de su propia naturaleza interior. El hecho de que esta experiencia nos dé como resultado una cimentación indestructible viene indicado por la forma en que sus piernas forman el número cuatro (visto de pie), mostrándonos que la orientación, la totalidad y la solidez toman forma en el inconsciente. La experiencia interior que está sufriendo no es un sueño nebuloso: tiene las cuatro dimensiones de la realidad. El pie sobre el que normalmente se sostiene señala ahora hacia el cielo. Está adquiriendo una nueva comprensión. La comprensión que simboliza el Emperador y su número cuatro es de un tipo diferente. Las cuatro puntas de la figura se orientaban hacia realidades externas al plano humano: civilización, estabilidad, ley y orden. En el Colgado, este orden cuadrangular ha sido invertido pero no destruido y yace simplemente abierto a la luz del cielo, expuesto de una manera nueva a la intervención de los dioses.

El número doce del Colgado incluye mucho de lo que se ha dicho hasta aquí. Marca el tiempo límite de la realidad humana con sus doce horas alternativas de día y noche y la

cuenta anual de sus doce meses. También nos señala los doce signos zodiacales, que simbolizan dimensiones sobrehumanas de tiempo, así como la intervención del destino sin control por parte del hombre. Como cuatro veces tres, el número doce conecta la trinidad del espíritu con la rectangularidad de la realidad de la tierra. El héroe se siente atravesado por la influencia de las estrellas y se siente a sí mismo en esta dimensión expandida del doce.

Empieza a descubrir que el viaje hacia la autorrealización no procede en el orden de A-B-C, sino que su ritmo es azaroso. Al igual que el movimiento de la Rueda de la Fortuna, su fortuna espiritual sufrirá muchas revoluciones. Habrá períodos de depresión, cuando la introspección previamente ganada y que él creía segura desaparezca de nuevo hacia el inconsciente, aparentemente perdida para siempre jamás. Otras veces, cuando se sienta en la cima de su fortuna, el sol brillará de nuevo y saldrá, como si renaciese, hacia un mundo de nuevos colores y de dimensiones desconocidas y nunca soñadas. Utilizando otra imagen, es como si el modelo del crecimiento espiritual fuera como el que desarrolla un árbol: antes de que puedan florecer nuevas ramas en la superficie, las raíces deben profundizar en la tierra para ampliar su campo y soportar así el nuevo crecimiento.

El Colgado inicia un largo período de asimilación forzada y de consolidación en las raíces. Pasará un tiempo antes de que las ramas podadas dibujadas aquí nos muestren nuevos brotes o antes de que el joven salga de nuevo al mundo. Por el momento, y durante un tiempo, las energías y las visiones mostradas en las cartas anteriores serán absorbidas hacia el inconsciente para su profundización y su expansión. Por ejemplo: en la Rueda de la Fortuna, el héroe empezó a ver su destino personal contra una pantalla más amplia, estableciendo conexiones significativas entre su vida y los modelos universales. Ahora, se enfrentan su fe y estos modelos. En la Justicia, podía estudiar los problemas del equilibrio en una posición horizontal; ahora su conocimiento se amplía en sentido vertical y en dos direcciones: hacia arriba, hacia los planetas del cielo; y hacia abajo, hacia el mundo subterráneo de la naturaleza vegetativa. Debe de establecer ahora un equilibrio entre estas dos fuerzas opuestas. Sus manos atadas le impiden hacer nada para liberarse de la experiencia atormentada de la crucifixión.

El destino puede traernos este tipo de crucifixión varias veces durante nuestra vida y de varias maneras distintas. Un revés comercial puede desposeer a una persona en una noche de todas sus posesiones mundanas, incluso de la profesión a la cual había dedicado su vida, entristeciendo su realidad presente y destrozando sus esperanzas de futuro. Quizá a alguien le traicione un ser amado, destruyendo la confianza que éste tenía puesta en él y en el mundo, dejándole triste y solitario. También puede suceder que un asunto político o religioso, en el cual uno estaba totalmente absorto, le falle (fallar, eso es retirar la imagen salvadora que él había proyectado), desbaratando el universo entero, dejando su vida sin sentido alguno. También puede ser una inmovilización repentina por enfermedad. Puede suceder también que una enfermedad espiritual le deje inerme. Quién tenía a diario la confianza de lograr dominar la vida, descubre ahora que, incomprensiblemente, se halla sin energía o voluntad para conseguirlo. Su personalidad entera se encuentra sumergida en la depresión. En este caso, la totalidad de su intelecto, de su ego, se siente deprimida y falta de base, exactamente como se representa en esta carta del Tarot. Al igual que el Colgado, se siente tan impotente como un vegetal. En algún caso extremo, una persona que sufra esta experiencia puede convertirse casi literalmente en un vegetal. Perdido en el mundo del inconsciente, incapaz ya de participar en el mundo exterior y de reconocer y ocuparse de sus propias necesidades físicas, puede llegar a necesitar hospitalización.

Jung vio que las neurosis o las psicosis que se expresaban de esta manera no eran enfermedades inhibitorias de la vida, sino que eran medidas correctivas cuyo propósito era

establecer un equilibrio psíquico a un nuevo nivel para poder proseguir la vida. Pensó que eran métodos que la naturaleza usaba para curar al organismo psíquico. Observó que, siempre que el intelecto y la voluntad se hacían inflexibles, orientados hacia el poder, la naturaleza recurría a tales medidas extremas para eliminar los sueños de la persona, de modo que ésta se viera forzada a explorar otros aspectos de su psique. Jung vio la situación representada en el Colgado como una invitación a profundizar en dimensiones desconocidas del ser; como un reto más que como un castigo. Dijo sobre esto:

«El inconsciente siempre trata de producir una situación imposible para forzar al individuo a que exteriorice lo mejor de sí mismo. Si uno no lo intenta nunca, no se completa, no se realiza. Se requiere una situación imposible, donde uno tenga que renunciar a su propia voluntad y a su propio conocimiento, y no hacer nada más que confiar en el poder impersonal del crecimiento y del desarrollo.»⁵

Hasta años recientes pocos eran los psiquiatras que estaban de acuerdo con el punto de vista de Jung. Cuando se encontraban con un paciente en la situación del Colgado, muchos de ellos reaccionaban como casi todo el mundo ante esta carta del Tarot: intentaban darle la vuelta, colocarlo inmediatamente sobre sus pies para que empezara de nuevo en el mundo de los logros, de manera que pudiese reasumir su vida en el punto en que ésta se había interrumpido. Es duro no sentirse de esta manera, pues todos nos sentimos predispuestos a dar valor a las realidades presentes del mundo externo más que a las del mundo interior, cuyas manifestaciones experimentamos con menos frecuencia y menos realidad. De hecho, muchos pacientes que nunca se han sentido poseídos por una enfermedad espiritual son capaces de negar la realidad de dicha condición. Cuando se encuentran con un amigo que se halla en un estado de depresión mental, minimizan sus síntomas considerándolos imaginarios, y a ellos los etiquetan de hipocondríacos centrados en sí mismos. Suelen aconsejar: «Ánimo, no seas tan introspectivo, sal de ti mismo, intérate por algún hobby». Son capaces de comportarse cruelmente incluso con alguien que padece una depresión crónica, pensando que así pueden liberarle de este estado. Por esta misma razón algunos hospitales utilizan tratamientos de electroshock en los individuos que sufren depresiones profundas, esperando devolverles a la «normalidad».

Hoy en día algunos psiquiatras empiezan a estar de acuerdo con la visión de Jung de que la así llamada enfermedad mental es por sí misma un instrumento terapéutico para una condición enferma, capaz de restablecer el equilibrio de un sistema psíquico desequilibrado. En lugar de interrumpir los procesos terapéuticos de la Naturaleza por medios mecánicos, los psiquiatras están empezando a explorar caminos nuevos de apoyo a la Naturaleza, complementando su trabajo. En lugar de intentar forzar al paciente a que vuelva a su anterior modelo orientado hacia el ego, los psicólogos le ofrecen apoyo en su retirada forzosa de la vida, animándole a que acepte esta situación como una oportunidad para explorar la vida oculta dentro de sí mismo. A través de la analogía con los materiales míticos, un terapeuta experto en el análisis psicológico puede ayudar, ordenar y dar sentido a las imágenes caóticas que se encuentran en el inconsciente. De esta manera la vida del paciente puede llegar a estar llena de significado y orden. Cuando este tipo de trabajo se hace con éxito, los resultados se ven premiados, pues el paciente resurge de su iniciación forzada, no simplemente dentro de los márgenes de su anterior personalidad, sino que renace totalmente como una nueva persona conectada con su centro. Un pionero de este tipo de tratamiento, John Weir Perry, describe un episodio esquizofrénico de esta manera:

«Debida a una activación del inconsciente así como a un colapso del ego, la consciencia se encuentra confundida por los niveles más profundos de la psique, encontrándose el

individuo con que tiene que vivir según una modalidad psíquica muy diferente de su entorno. Se halla inmerso en un mundo mítico. Se siente de repente aislado al no encontrar comprensión por parte de aquellos que le rodean. El miedo por su opresión y su aislamiento le causa una ola de pánico que lo envía a un retiro forzoso. Sus emociones no conectan ya con las cosas ordinarias, sino que lo hacen con conceptos e ideas titánicas, con un mundo interior de mitos e imágenes... Ahí hay un montón de contenidos simbólicos de todo tipo, de ternas reprimidos, muy desiguales de un caso a otro. Es como en los mitos y en los textos rituales, sólo que hecho trizas, como lo son los contenidos de los sueños.»⁶ Comparando estos fragmentos con una vidriera cuya piezas se hubieran desmontado y mezclado entre sí desordenadamente alrededor de un centro, Perry consigue mostrarnos cómo se pueden estabilizar finalmente estos fragmentos de manera armoniosa en relación con su centro.

Acompañando al paciente a través de esta experiencia caótica, el psiquiatra, a quien estas técnicas le son conocidas, puede ayudarle a recoger estos fragmentos caleidoscópicos de un modo significativo, de manera que el centro se convierta en una fuerza activa y clara para la vida. Incluso con esta ayuda y comprensión psicológica, hacer frente al caos monstruoso del inconsciente de esta manera, requiere paciencia, aceptación y un gran coraje. Sin tener en cuenta de qué manera se plasma en nuestra realidad la situación del Colgado, este enfrentamiento requiere siempre sacrificio y una renuncia consciente a la consciencia del ego como fuerza conductora, así como la aceptación de nuestro destino y nuestra sumisión a él.

Como decía Mary Renault en el encabezamiento de este capítulo: «no es la sangría lo que disminuye la energía, es el consentir en ella».⁷

Solamente consintiendo de alma y corazón en esta experiencia puede el Ahorcado esperar una ayuda celestial y conectar de nuevo con los dioses y con su ser transpersonal. A través de su aceptación de la crucifixión, el hombre coopera con su destino y, en este sentido, lo escoge. Al escoger su destino se libera de él, pues en ese momento lo trasciende.

El sentido de la crucifixión se nos explica elocuentemente en la historia bíblica del último momento de Jesús en la cruz. Después de su primera frase, «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?», acepta su destino con las palabras: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu». Y después de decir esto, entregó su alma.

Si el Colgado puede aceptar su destino y «encomendar su espíritu» a un poder superior a la consciencia del ego, puede entonces «entregar el espíritu» de su personalidad anterior entrando en una vida nueva con un nuevo espíritu. Si puede tolerar y comprender su crucifixión, emergerá de este oscuro encuentro por el otro lado del precipicio, hacia otro nuevo mundo, por decirlo de alguna manera. Habiendo llegado al otro lado, continuará su viaje de nuevo, pero esta vez de manera más consciente y dedicada.

Hasta ahora el trabajo más importante del héroe fue vivir plenamente su vida exterior. Ahora (como se representa en esta carta) hay una gran fractura entre lo viejo y lo nuevo. Nunca más podrá regresar a su vida egocéntrica. Desde ahora empezará a mirar cada vez más profundamente a la cara impersonal de la Muerte, esa figura monstruosa que representa la próxima carta.